

INTRODUCCIÓN

(escrita por: “OJO DE BRUJA ediciones feministas y lesbianas independientes”
& “Producciones Lesbofeministas”)



Reunión del grupo RadicalLesbians, 1970. Fotografía por Ellen Shumsky. Fuente: www.outhistory.org

Este texto es la traducción de un manifiesto escrito por el movimiento lésbico de los años 70 en los Estados Unidos, leído y distribuido en un congreso del movimiento de mujeres en Nueva York. La Mujer que se Identifica con la Mujer es un marco de la ruptura del movimiento lésbico con el movimiento feminista, y su autonomía teórica y política en el contexto de los feminismos occidentales. Defendiendo el lesbianismo como una expresión radical y de vanguardia del feminismo, fue redactado para denunciar la segregación e invisibilización que las lesbianas sufrían en el movimiento de mujeres, en el cual las lesbianas siempre estuvieron, pero en el cual hasta entonces, no venían siendo contempladas. El grupo que lo redactó se auto-titulaba The Lavender Menace (La Amenaza Violeta), en referencia a una frase de la feminista Betty Friedan entonces presidente de la National Organization for Women (NOW), donde nombró a las lesbianas como una amenaza al movimiento de mujeres. El grupo, no siendo invitado para el congreso de la NOW, lo invadió y ahí difundió el manifiesto que convoca al movimiento de mujeres a pensar y discutir las cuestiones de las lesbianas, y a las lesbianas a formar un movimiento independiente.

LA MUJER QUE SE IDENTIFICA CON LA MUJER
(THE WOMAN-IDENTIFIED WOMAN)
RADICALESBIANS (1970)

¿Qué es una lesbiana? Una lesbiana es la rabia de todas las mujeres condensada hasta el punto de la explosión. Ella es la mujer que, muchas veces a una edad muy temprana, empieza a actuar de acuerdo a su necesidad compulsiva de ser una ser humana más completa y libre de lo que su sociedad -quizás ya en ese momento, y seguramente más tarde – le permita.

Estas necesidades y acciones, a lo largo de los años, la llevan a conflictos dolorosos con personas, situaciones, formas aceptables de pensar, sentir y de comportamiento, hasta que una se encuentra en un estado de guerra constante con todo su entorno y generalmente con una misma. Puede ser que no esté totalmente consciente de las implicaciones políticas de lo que para ella empezó como una necesidad personal, pero de alguna manera no ha sido capaz de aceptar las limitaciones y la opresión impuesta por el papel más básico de su sociedad – el papel de la mujer. La confusión que ella siente, tiende a inducir una culpa proporcional al grado en que siente que no cumple con las expectativas sociales y/o finalmente la lleva a cuestionar y analizar lo que el resto de su sociedad más o menos acepta. Ella es forzada a desarrollar su propio patrón de vida, muchas veces viviendo gran parte de su vida sola, aprendiendo generalmente más temprano que sus hermanas heterosexuales sobre la soledad esencial de la vida (que el mito del matrimonio esconde) así como sobre la realidad de las ilusiones.

En la medida en la que no consiga expulsar la pesada socialización implicada en el ser mujer, nunca logrará estar en paz consigo misma. Porque se queda atrapada en algún punto entre la aceptación de la visión que la sociedad tiene de ella – siendo que en este caso, no se puede aceptar a sí misma – y la comprensión de lo que esta sociedad sexista le ha hecho, y por qué ello es funcional y necesario para esta sociedad. Las de nosotras que reflexionamos y sacamos conclusiones sobre eso, nos encontramos al otro lado de un largo y tortuoso viaje a través de la noche que puede haber durado décadas. La perspectiva que se gana de este viaje, la liberación de nuestro ser, la paz interior, el amor real por nosotras mismas y por todas las mujeres, es algo a ser compartido con todas las mujeres – porque somos todas mujeres.

Es necesario entender en primer lugar que el lesbianismo, igual que la homosexualidad masculina, es una categoría de comportamiento posible solamente en una sociedad sexista caracterizada por roles sexuales rígidos y dominada por la supremacía del hombre. Estos roles sexuales deshumanizan a la mujer, definiéndonos como una casta de apoyo/servicio en relación a la clase dominante de los hombres, y vuelven a los hombres emocionalmente incapaces al exigirles que sean alienados de sus propios cuerpos y emociones para ejecutar eficientemente sus funciones económicas/políticas/militares. La homosexualidad es un producto secundario de una forma particular de definir los papeles (o patrones aprobados de comportamiento) basándose en el sexo; y como tal es una categoría inauténtica (que no está de acuerdo con la “realidad”). En una sociedad en la que los hombres no oprimieran a las mujeres, y en la que fuera permitido

que la expresión sexual resultara de los sentimientos, las categorías de homosexualidad y heterosexualidad desaparecerían.

Aun así el lesbianismo es diferente de la homosexualidad masculina y tiene una función diferente en la sociedad. “Bollera” es una forma degradante diferente de “Maricón” aunque ambos impliquen que no se está actuando de acuerdo con el papel sexual socialmente atribuido... y por lo tanto, que no se es una “verdadera mujer” o un “verdadero hombre”. La admiración envidiosa que se siente por la mari-macho y el sentimiento de incomodidad que se siente por el hombre afeminado apuntan a lo mismo: el desprecio con lo que son miradas las mujeres – o aquellos que desempeñan el rol femenino. Y la inversión hecha para mantener a las mujeres en este papel despreciativo es muy grande. Lesbiana es la palabra, la etiqueta, la condición que mantiene a las mujeres bajo control. Cuando una mujer escucha esta palabra asociada a ella, sabe que se ha pasado de la raya. Sabe que ha cruzado la terrible frontera de su papel sexual. Retrocede, protesta, reformula sus acciones para recibir aprobación.

Lesbiana es una etiqueta creada por el hombre para arrojársela a cualquier mujer que se atreva a ser su igual, que tenga la osadía de desafiar las prerrogativas de los hombres (incluso la prerrogativa de todas las mujeres como moneda de intercambio entre los hombres), que tenga la osadía de afirmar la primacía de sus propias necesidades. Que esta etiqueta se aplique a las personas que están activas en el movimiento de liberación de las mujeres, es solamente el episodio más reciente de una larga historia; las mujeres mayores recordarán que hace no mucho tiempo cualquier mujer independiente que tuviera éxito y que no orientara toda su vida en torno a un hombre escucharía ésta palabra. Porque en esta sociedad sexista, ser independiente para una mujer significa que no puede ser una mujer: debe de ser bollera. Esto ya lo dice todo. Lo dice tan claro como se pueda decir: mujer y persona son términos contradictorios. Porque una lesbiana no es considerada una “verdadera mujer”. Y aun así, en el pensamiento popular, existe solamente una diferencia esencial entre una lesbiana y otras mujeres: la orientación sexual – lo que viene a decir que, después de quitar todo el envoltorio, no queda otra que darse cuenta que la esencia de ser “mujer” es la de ser follada por el hombre.

“Lesbiana” es una de las categorías sexuales a través de las cuales los hombres han dividido la humanidad. Al tiempo que todas las mujeres son deshumanizadas en cuanto objetos sexuales, siendo objetos de los hombres les son ofrecidas algunas compensaciones: identificación con su poder, con su ego, con su estatus, con su protección (de los otros hombres), sentirse como una “mujer verdadera”, encontrar una aceptación social al adherir a su rol, etc. Si una mujer se confronta con ella misma a través de confrontar a otra mujer, hay menos racionalizaciones y menos amortiguadores para evitar el crudo horror de su condición deshumanizada. Aquí encontramos el principal miedo de muchas mujeres en relación al ser usada como objeto sexual por una mujer: el miedo de ser usada como objeto sexual por otra mujer, que no solamente no les dará ninguna de las compensaciones relacionadas a los hombres, sino que también revelará el vacío que es la situación real de la mujer. Esta deshumanización es expresada cuando

una mujer heterosexual descubre que una hermana es lesbiana; ella empieza a relacionarse con su hermana lesbiana como siendo un potencial objeto sexual, atribuyéndole a la lesbiana un papel sustituto del hombre. El hecho de que ella se vuelva a sí misma en un objeto cuando el sexo está potencialmente envuelto en una relación, revela su condicionamiento heterosexual y le niega a la lesbiana su completa humanidad. Para las mujeres, especialmente aquellas en el movimiento, percibir a sus hermanas lesbianas por medio de este cuadrícula masculino de definiciones de los papeles, es aceptar este condicionamiento cultural masculino y oprimir a sus hermanas tal como ellas mismas han sido oprimidas por los hombres. ¿Vamos a continuar con el sistema de clasificación de los hombres, de definir a todas las mujeres en relación sexual con alguna otra categoría de personas? Fijar la etiqueta de lesbiana no solamente a una mujer que aspira a ser una persona, sino también a cualquier situación de verdadero amor, verdadera solidaridad, verdadera primacía entre mujeres, es una forma primaria de división entre las mujeres: es la condición que mantiene a las mujeres dentro de los límites del rol femenino y es el termino que, desacreditando/asustando a las mujeres, les impide formar cualquier vinculo primario, grupos o asociaciones entre nosotras mismas.

Las mujeres en el movimiento han hecho en la mayoría de los casos grandes esfuerzos para evitar discusiones y confrontaciones sobre la cuestión del lesbianismo. Eso pone a las personas nerviosas. Son hostiles, evasivas, o intentan incorporar el tema en un “tema más general”. Prefieren no hablar sobre el tema. Si lo tienen que hacer, intentan desestimarlos como un falso problema. Pero no es una cuestión secundaria. Ocuparse de esta cuestión es absolutamente esencial para el éxito y para alcanzar los objetivos del movimiento de liberación de las mujeres. Mientras la etiqueta de “bollera” pueda ser usada para asustar a las mujeres para que éstas se vuelvan menos militantes, se mantengan alejadas de sus hermanas, para no dejar que dé prioridad a nada que no sean los hombres y la familia – en esa misma medida, ellas son controladas por la cultura de los hombres.

Hasta que las mujeres no vean una en las otras la posibilidad de un compromiso primordial que incluya el amor sexual, estarán negándose el amor y el valor que otorgan inmediatamente a los hombres, afirmando de ésta manera su estatus de segunda clase. Mientras que la aceptabilidad por los hombres sea prioridad para las mujeres individuales como para el movimiento como un todo – el término lesbiana será usado de manera eficaz en contra de las mujeres. En tanto que las mujeres quieran solamente más privilegios adentro del sistema, no van a querer antagonizar el poder de los hombres. En vez de esto buscan una aceptabilidad para la liberación de las mujeres y el aspecto más crucial de esta aceptabilidad es negar al lesbianismo – es decir, negar cualquier desafío esencial al fundamento de la mujer. Hay que decir que algunas mujeres más jóvenes y más radicales han empezado a debatir el lesbianismo con honestidad, pero hasta ahora solamente como una “alternativa” sexual a los hombres. Sin embargo esto es seguir dándole primacía a los hombres, tanto porque la idea de relacionarse más completamente con las mujeres ocurre como una reacción negativa a los hombres, como porque la relación lésbica se describe solamente por el sexo, lo que es divisivo y sexista. En

un plan que es tanto personal como político, las mujeres pueden retirar energías emocional y sexual de los hombres y desarrollar diversas alternativas en sus vidas para destinar esas energías. En otro plan político/psicológico, hay que entender que lo crucial es que las mujeres empiecen a desengancharse de los patrones de reacción definidos por los hombres. En la privacidad de nuestras propias psiques, debemos romper esos cordones hasta su médula. Porque independientemente de para donde fluyan nuestro amor y energías sexuales, si en nuestras cabezas nos identificamos por/con los hombres, no podemos realizar nuestra autonomía como seres humanos.

Pero ¿por qué las mujeres se identifican con y por medio de los hombres? Por el hecho de que hemos sido educadas en una sociedad de hombres, hemos internalizado la definición que la cultura de los hombres nos da de nosotras. Esa definición nos relega a funciones sexuales y familiares, y nos excluye de la posibilidad de definir y dar forma a los términos de nuestras vidas. En cambio de nuestra labor psíquica y de la ejecución de las funciones no lucrativas de la sociedad, el hombre nos da solamente una cosa: el estatus de esclavas que nos vuelve legítimas a los ojos de la sociedad en que vivimos. A esto se le llama “feminidad” o “ser una mujer verdadera” en nuestra jerga cultural. Somos auténticas, legítimas, reales mientras seamos propiedad de algún hombre cuyo nombre llevamos. Ser una mujer que no pertenece a ningún hombre es ser invisible, patética, inauténtica, irreal. Él confirma su imagen de nosotras - de lo que tenemos que ser para ser aceptada por él - pero no nuestros verdaderos seres; él confirma nuestra condición de mujer - tal como él la define, en relación a él- pero no puede confirmar nuestra condición de persona, nuestros seres como completos. Mientras sigamos dependiendo de la cultura de los hombres para esta definición, para su aprobación, no podremos ser libres.

La consecuencia de internalizar este rol es un enorme reservorio interno de auto-odio. Esto no corresponde a decir que este auto-odio es reconocido o aceptado como tal; de hecho muchas mujeres negarían que lo hay. Puede que lo experimenten como una incomodidad con su rol, un sentimiento de vacío, un entumecimiento, un desasosiego, una ansiedad paralizante en el centro. Alternativamente, puede que se exprese como una estridente defensa de la gloria y destino de su rol. Pero este auto-odio existe, muchas veces debajo del umbral de su consciencia, envenenando su existencia, manteniéndola alienada de ella misma, de sus necesidades y volviéndola una desconocida para las demás mujeres. Intentan escapar de eso identificándose con su opresor, viviendo por medio de él, ganando status e identidad por medio de su ego, de su poder y de sus logros. Y por medio de una no identificación con otros ‘recipientes vacíos’ como ellas mismas. Las mujeres se resisten a relacionarse a todos los niveles con otras mujeres que irán a reflejar su propia opresión, su propio estatus secundario y su propio auto-odio. Pues enfrentarse a otra mujer es finalmente enfrentarse a su propio ser - el ser que nos hemos esforzado tanto en evitar. Y en ese espejo sabemos que no podemos verdaderamente respetar y amar a aquella en la cual nos han convertido.

Ya que la fuente del auto-odio y de la falta de un verdadero ser tienen origen en la

identidad que nos es dada por los hombres, debemos crear un nuevo sentido de nosotras mismas. Mientras nos agarramos a la idea de “ser una mujer”, sentiremos algún conflicto con ese ser incipiente, ese sentido de yo, ese sentido de persona entera. Es muy difícil comprender y aceptar que ser “femenina” y ser una persona en su totalidad, son inconciliables. Solamente las mujeres pueden dar unas a las otras un nuevo sentido de "yo". Esa identidad tiene que ser desarrollada teniendo por referencia a nosotras y no a los hombres. Esta consciencia es la fuerza revolucionaria por medio de la cual todo lo restante saldrá, porque la nuestra es una revolución orgánica. Para eso debemos apoyarnos y estar disponibles unas para las otras, dar nuestro amor y compromiso, dar el soporte emocional necesario para mantener ese movimiento. Nuestras energías deben fluir en la dirección de nuestras hermanas y no hacia atrás en la dirección de nuestros opresores. Mientras la liberación de las mujeres intente liberar a las mujeres sin encarar a la estructura básica heterosexual que nos sujeta en una relación de uno a uno con nuestros propios opresores, energías tremendas continuarán fluyendo en el intento de mejorar cada relación particular con un hombre, de buscar la manera de tener mejor sexo, de como cambiar su pensamiento – en el intento de hacer de él un “nuevo hombre”, en la ilusión de que esto nos permitirá ser una “mujer nueva”. Eso obviamente quiebra nuestras energías y compromisos, dejándonos incapaces de comprometernos con la construcción de nuevos modelos que nos liberarán.

Es la primacía de las mujeres relacionándose con otras mujeres, de las mujeres creando una nueva consciencia de y con ellas mismas, que está en el corazón de la liberación de las mujeres, y que es la base para la revolución cultural. Juntas debemos encontrar, reforzar y validar nuestros seres auténticos. Al hacerlo, confirmamos mutuamente nuestro sentido incipiente de orgullo y fuerza, las barreras divisoras comienzan a desaparecer, y sentimos este sentimiento creciente de solidaridad con nuestras hermanas. Nos vemos como principio primordial, encontramos nuestros centros dentro de nosotras mismas. Vemos retroceder el sentimiento de alienación, de ser apartadas, de estar por detrás de una ventana cerrada, de ser incapaz de hacer salir lo que sabemos que está adentro. Sentimos una autenticidad, sentimos finalmente que estamos coincidiendo con nosotras mismas. Con ese ser real, con esa consciencia, empezamos una revolución para acabar con la imposición de todas las identificaciones coercitivas y para alcanzar la máxima autonomía en la expresión humana.



Traducción: Grupo de Lectura, Biblioteca Anarquista de l'Horta.

Basada en una traducción anterior por Producciones Lesbofeministas.

Esta traducción está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional.

This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 4.0 International License.